

aparición había sido el amo del soldado, el confeccionador de revoluciones; y todo ¿porqué? por haberse visto humillado, desprestigiado y aborrecido en su clase y separado de cuantas prerrogativas le hacían el punto de unión entre el jefe y el soldado.

Pues hoy con la nefasta R. O. del 6 de Agosto del 86 desaparece, para convertirlo en oficial y mandarlo á las reservas: un aparente ascenso, que lo pone en la miseria y le rebaja al extremo de no poder hacer que sus servicios sean reconocidos, pues tal cual están las reservas, no puede ni uno solo de sus jefes y oficiales, hacer otros estudios que los teóricos, no puede dedicarse, por más aficiones militares que le adornen, á otra cosa que á pasatiempos civiles y ni el roce militar por decirlo así le es permitido, cuando es evidente que lo que crea, rebustece y forma verdaderas notabilidades, es el continuo estudio sobre el mismo objeto. ¿Cuán diferente es en el arte de la guerra, la teoría de la práctica? ¿Cuántas batallas en un tablero de ajedrez se ganan que en el campo del honor se pierden y causan la muerte de muchos seres queridos y el desprestigio de un general.

Lo cierto es que si en España se han creado las reservas, no ha sido obedeciendo á necesidades militares ni á estudios tácticos, sino al apremio del presupuesto de guerra, que las continuas revoluciones han llegado á convertir en insoportable. Pero los gobiernos liberales en esto como en todo han errado el camino,

Sea por las causas que fuere (la más importante es sin duda los pronunciamientos) encontráronse con una oficialidad, para un ejército de medio millón de soldados, ejército que la miseria de la patria no puede sostener y que si se ensayara dejaría arruinada la agricultura y la industria. Entonces idearon los ministros de la Guerra del liberalismo, un medio que ha sido funesto para el ejército. No supieron comprender que los derechos creados por ellos mismos eran respetables y debían ser respetados y no se hicieron cargo tampoco de que los militares aguerridos eran más aptos para servicio activo, que no los jóvenes recién salidos de las Academias, que jamás han oído un tiro y que no pueden tener sus perfumados cutis, tostados por el sol de las batallas.

Lo procedente era y es hoy, cerrar por un largo plazo las Academias, cuando menos las de infantería y caballería. Por el procedimiento que se ha adoptado resulta que 5,000 oficiales, tal vez los mejores pero cuando menos los más experimentados, quedan en una semi-miseria, apartados del ejército como trastos inútiles.

Se les dice que están en reserva y hasta se les confía el mando de regimientos nominales que no constan más que en el papel y que nadie ha visto ni verá jamás en formación. Tal proceder en España es hasta ridículo.

Tenemos una oficialidad acreditada en los campos de batalla, y no cabe introducir ilegítimamente en ella una división que separe los buenos, los útiles, los aptos, de los que no pueden prestar servicio.

Quién en realidad no pueda prestarlo no debe estar ni en el activo ni en la reserva, sino en una situación que le permita descansar dignamente de sus fatigas.

Los útiles pide la justicia que se coloquen todos en el mismo nivel.

Si hay número excesivo, dado el contingente del ejército, establezcase un verdadero y legal turno y aún creéanse batallones de reserva, pero de reserva verdad, de reserva existente y cuyos oficiales tengan idénticas consideraciones que los que ahora resultan hijos mimados de la fortuna ó de la voluntad del Ministro.

UN TENIENTE CORONEL CARLISTA.

EL PAPA EN AMÉRICA

Un yankee emprendedor, acostumbrado á luchar sin cuidarse de las dificultades, se propuso nada menos que llevar el Papa á la Exposición de Chicago.

Las dificultades fueron esta vez tan grandes, que el plan abortó. Pero el americano añade la tenacidad á la audacia, y no paró hasta que consiguió por lo menos hacer hablar á León XIII en la *World's Columbian Exposition*.

Esto ya está logrado; realmente, el Papa pronunciará su discurso en América; si no personalmente, con su propia voz, con el acento penetrante que tan hondísima impresión produce en el ánimo de los fieles que han tenido la fortuna de escucharla.

La palabra del Papa salvará el Atlántico en el cilindro de un fonógrafo, que en el Vaticano recogió la voz de León XIII.

Hé aquí como explica un suceso tan curioso el *Corriere Nazionale*, de Turin:

Un señor Estéban Moriarty, ciudadano americano, ha ido expresamente á Roma, llevándose un fonógrafo perfeccionadísimo, salido de la famosa oficina de Edisson, para intentar, si era posible, conseguir una audiencia del Papa y recoger en su fonógrafo algunas palabras del augusto Pontífice. El Santo Padre acogió bondadosamente la solicitud del señor Moriarty, convidando á que asistieran al experimento á algunos Prelados de su Corte y á su sobrino, conde Luis Pecci.

El experimento fué llevado á cabo en las habitaciones privadas del Papa; precisamente en el saloncillo que sigue inmediatamente á la antecámara secreta. El señor Moriarty iba acompañado de un joven, y llevaba dos fonógrafos. Una de las máquinas, la que debía recoger la palabra del Papa, fué colocada encima de un velador y en frente de Su Santidad; la otra en el fondo de la estancia, junto á una ventana.

Para empezar la experiencia, el señor Moriarty hizo repetir al fonógrafo un breve discurso del difunto cardenal Manning. Cuando el llorado

cardenal lo pronunció, estaba ya en el ocaso de la vida, lo que se comprendía perfectamente al escuchar al fonógrafo. La voz surgía débil, fatigosa entrecortada, y sin embargo muy distinta. El Santo Padre la reconoció enseguida, y se conmovió como si viera ante él al cardenal, hablándole, como si la voz que brotaba de la máquina, saliese de la garganta de un vivo. A la mitad del discurso, la voz calló; evidentemente, el pobre cardenal se había cansado y había estado un momento recuperando las fuerzas. Cuando las palabras salieron nuevamente del fonógrafo mostraban mucha mayor energía.

Tras del cardenal Manning vino el cardenal Gibbons, el arzobispo de Baltimore. Las palabras del cardenal estaban dirigidas al Papa, que en realidad estaba allí escuchándolas. Luego el fonógrafo hizo oír un coro cantado por cinco negros, un discurso de Gladstone, el canto de un barítono. Finalmente se oyó el rumor de una muchedumbre; el príncipe de Gales llega á un hipódromo, suena la trompeta de su coche, estridente, interrumpido por el vocerío, por los aplausos de la gente que le vitorea. El cuadro era perfecto, y suscitaba la imagen inmediata de Empson, un día de carreras.

Terminada así la primera parte del experimento, se pasó á la segunda, en que el fonógrafo había de recoger la palabra de Su Santidad.

Cediendo á las instancias del señor Moriarty, el Santo Padre tenía preparado un breve mensaje, escrito en latín; un saludo al pueblo americano.

Acercó la boca al embudo en que se tiene que hablar, y sosteniendo con la mano izquierda el papel en que había escrito el discurso, empezó á leer con adecuada entonación.

Durante la lectura, el Santo Padre se interrumpió una vez, y otra vez repitió una palabra; cosas que suceden á menudo, y que aumentan la naturalidad y la eficacia de los períodos.

Terminada la lectura, el señor Moriarty dijo que el experimento había salido á maravilla; á pesar de lo cual rogaba encarecidamente al Beatísimo Padre que lo repitiera. Y el Santo Padre consintió. La voz fué ya más segura, sin pausa ni repeticiones, de manera que cuando el fonógrafo repitió las palabras del Papa, todos los presentes quedaron suspensos de asombro. El mismo señor Moriarty aseguró que ningún discurso había recogido en su fonógrafo con tal precisión y claridad.

El Santo Padre no cesaba de admirar el maravilloso instrumento, y como su mente vuela siempre en lo alto, exclamó: "Si el fonógrafo hubiese estado descubierto hace dos mil años, oíríamos ahora aquí la voz de Jesucristo."

Antes de despedir al señor Moriarty, díjole Su Santidad: "Poned cuidado en mi mensaje, y haced que llegue salvo á su destino. ¿Cómo lo haréis para llevarlo á América?"

El señor Moriarty respondió:

"Santidad, yo mismo lo llevaré allá dentro de dos semanas. Y dentro de dos semanas vuestra Santidad me permitirá que le ofrezca un fonógrafo de plata más perfeccionado que éste; porque el nuevo fonógrafo al recoger la voz, no requiere que se hable en el embudo."

La noticia de que en la apertura de la exposición de Chicago se oíría el mensaje del Papa, ha excitado ya en el más alto grado el entusiasmo de los americanos, conforme declaran los principales periódicos.

(Del *Correo Catalán*).

LA BUENA PRENSA

La opinión pública oficia de reina del mundo. La prensa es dueña de la opinión pública.

Estas dos verdades formuladas por un ilustre Obispo francés, son incontestables.

La prensa es, pues, la que gobierna el mundo, lo dirige y lo forma á su imagen y semejanza.

Si la prensa es impía é inmoral, la sociedad será necesariamente impía é inmoral.

Si la prensa es indiferente, la sociedad, privada de la verdad sobrenatural, olvida que el hombre tiene una alma y un destino en la vida futura.

Si la prensa fuese religiosa, la sociedad, impregnada de el Cristianismo, volvería fácilmente á las creencias y á las prácticas de los siglos de la fé.

Jesucristo tiene derecho á reinar en el mundo. Si no reina, las almas se pierden, los pueblos se corrompen y las sociedades se destruyen.

¿Quién, pues, devolverá á Jesucristo su imperio?

La predicación convirtió al mundo; la predicación bastaba entonces, porque la verdad y el error no tenían á sus órdenes más que la palabra hablada.

Hoy la palabra escrita es el arma mas esencial; mientras que la palabra escrita sea monopolio del error, el error triunfará. Que, por el contrario, la prensa se oponga al servicio de Jesucristo, y ella volverá la opinión pública á Cristo; y la opinión pública pondrá el mundo á los pies del divino Redentor.

San Francisco de Sales, dirigiéndose al Papa, le decía:

"El peligro, Santísimo Padre, está en la difusión de libros infames, y el único remedio eficaz es la fundación de una prensa católica, de modo que nuestras respuestas no se hagan esperar y podamos bajar á la arena con ventaja y responder con éxito cierto á las provocaciones de los apóstoles del error."

Preciso se hace, por tanto, que los apóstoles de Jesucristo se apoderen de la prensa, y que millares de libros interesantes, periódicos y revistas circulen por todas partes; y, como decía Monseñor Freppel, "que todos los católicos ayuden á los escritores católicos, á los apóstoles de la prensa"; porque el apostolado de estos es, puede decirse, de más trascendencia en nuestros días que el que puede ejercer en el púlpito el misionero.